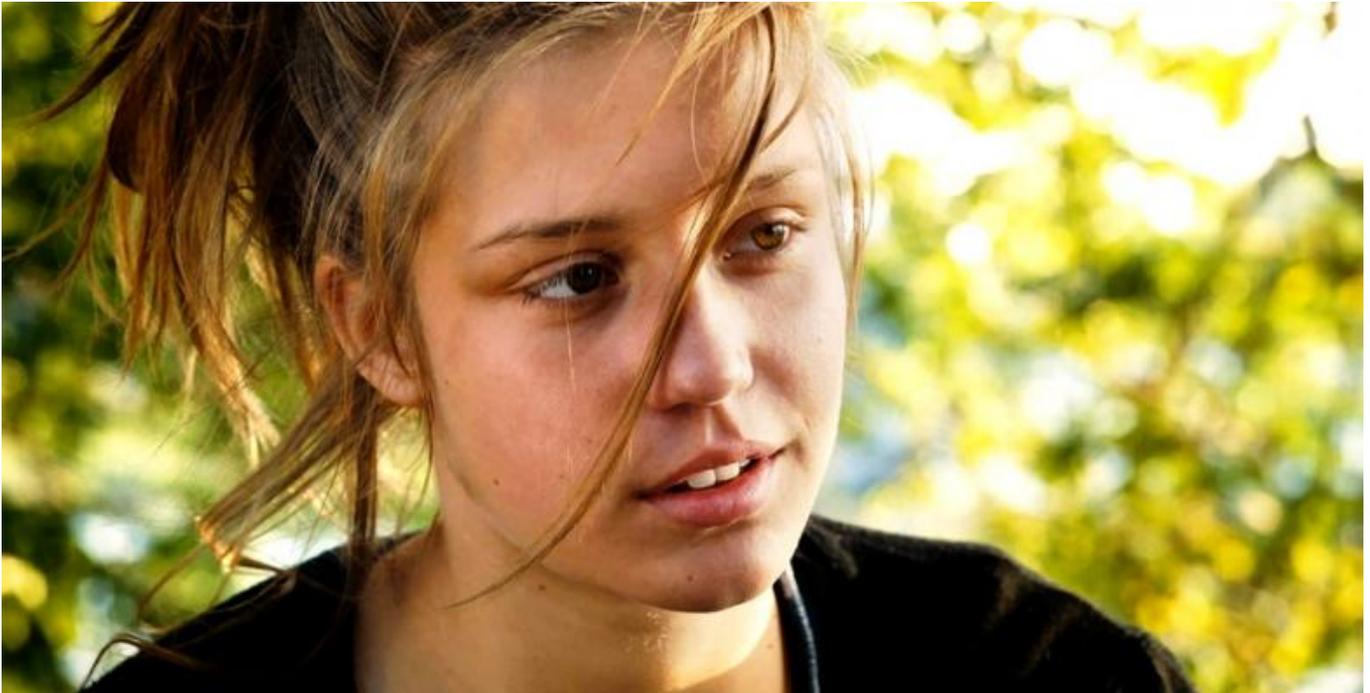

CRÍTICA DE CINE: Blue Is the Warmest Color

15/11/2018



Si captan la ironía, verán que hoy estoy pesimista hasta el tuétano. Se diagnostica como madurar el acto de aceptar todas las explosiones que nos trae la vida. Si maduras lo suficiente, puedes incluso aceptar que lo que te pasa es producto de la persona que eres y de las decisiones que tomas. Nada más y nada menos que eso.

Este es exactamente el punto de vista de Abdelatif Kechiche, quien escoge a Adèle Exarchopoulos como protagonista. Adèle. Sus labios entreabiertos, sus nalgas entreabiertas, sus senos entreabiertos. Todo en Adèle está al descubierto.

La cinta se compone de escenas de las más voluptuosas, cálidas e irrefrenables radiografías de la piel. Una piel dulce y ausente de pecado.

En la película, Adèle tiene quince años y comienza a cuestionarse su sexualidad. El sexo con chicos le parece aburrido. Conoce a una encantadora Léa Seydoux de pelo azul y se enamora de ella. Sufre los prejuicios de familiares y amigos, pero su amor es tan intenso como solo puede serlo el primero.

La cinta, una adaptación de la novela *Blue*, de Julie Maroh, logra que la pantalla se convierta en un ser vivo, que respire. La forma de hacerlo es enseñarlo todo: incluso el sexo en tiempo real que tienen las dos actrices. Las escenas sexuales lo enseñan todo; tanto, que cuestionan los límites de la propia mirada.

Los muslos jóvenes y ardientes de vida laten en el medio de una propulsión ávida de sexo, matizada por un amor irresistible y eléctrico, que hace sentir a todos irremediamente vivos. Amor. Puro y duro, del que no se da todos los días.

Pausa para respirar.

Deslumbrante. Probablemente, pocas veces antes en el cine reciente se ha rodado de forma tan frontal, tierna y

precisa el sexo, el sexo lésbico. Todavía más. Probablemente, nunca se ha hecho una película que refleje con tanta física y química el amor y el sexo entre dos mujeres... y puede que valga la pena decir entre dos personas...
